Movimientos estudiantiles: de mayo del 68 a la actualidad. Sobre las «Experiencias utópicas» de un movimiento peculiar.

«Un estudiante interroga a Sartre sobre el sentido de la contestación y de la «Universidad Crítica» como centro de la misma.
Sartre: ¿Qué es la cultura? Algo que al ofrecerse se cuestiona. ¿Qué es el saber? En todos los casos, algo más de lo que creíamos saber. Pero apenas creemos haber adquirido el nuevo saber, un nuevo hecho cultural lo pone en cuestión. La Universidad está hecha para formar a hombres que cuestionan. (…)
Otro estudiante contesta: En el régimen capitalista, no se puede hablar de «Universidad Crítica», sólo de crítica de la Universidad. La «Universidad Crítica» sólo puede existir en un régimen socialista.
Sartre sonríe: E incluso eso está por verse.»
Carlos Fuentes (2005: 86)

Pedro Ibarra y Noemí Bergantiños

Dice Zygmunt Bauman en uno de sus últimos libros, que el significado del término utopía ya no es el que era tiempo atrás. El cambio está en que históricamente las utopías han supuesto la persecución de un sueño que *nos* debía hacer mejorar. Hoy en día, sin embargo, la persecución de ese sueño ya no se entiende como algo que ataña a una colectividad (de ahí, el adverbio *nos*) sino como algo ligado exclusivamente a lo individual. Y es que vivimos, al parecer, tiempos de creciente individualización donde, aprovechando la metáfora de Bauman, la gran mayoría de nosotros/as nos hemos convertido en una especie de «cazadores» dispuestos a competir por todo y contra todos con tal de conseguir la mejor partida para cada uno/a.

En un escenario así, parece improbable que tenga éxito la formulación utópica de la lucha por un mundo mejor –sea cual sea el área en la que se circunscriba– a no ser que suponga que ese mundo mejor asegura una continua victoria personal en el mercado de individuos en el sobrevivimos. Preguntemos si no a la ecología, el feminismo o a los movimientos alterglobalización, entre otros, sobre cómo enfrentarse al desinterés de una gran mayoría de la gente que ve en sus reivindicaciones un ideal utópico poco interesante por su lejanía respecto a lo que de verdad le importa: él o ella misma.

Cuando uno/a repasa diferentes escritos sobre Mayo del 68 y las revueltas –pocos/as se atreven a hablar de revolución y cuando lo hacen parece que lo hacen para hablar del «fracaso» de la misma– estudiantiles, una se queda con la sensación de estar ante un movimiento –tampoco parece claro que pueda considerarse tal– que supo, aunque fuese por poco tiempo, perseguir, obedecer, a lo que la utopía del momento les indicaba. Edgar Morin, partícipe entonces de aquel movimiento, lo llamó una «*experiencia utópica*», «*un éxtasis de la historia, es decir, uno de esos momentos en que la prosa de la cronología o la opresión cotidiana se suspenden*» (1987: 101).

Hoy en día, a 40 años de mayo del 68 y de aquellas revueltas estudiantiles, el repaso de un movimiento así puede darnos una idea de lo que en su día fueron y generaron las utopías en un sentido ortodoxo. Más aún, la importancia de lo que se generó, por poco tangible que sea, perdura en memorias nostálgicas que para bien o para mal –es el caso del actual presidente francés, Nicolás Sarkozy- perviven pasadas ya cuatro décadas desde aquel año que removió al mundo.

1. Imágenes de otra Universidad: el crecimiento del movimiento estudiantil en la década de los sesenta (Berkeley, París y México).

La imagen de la Universidad de los años 60 es bastante diferente de la que podamos tener de la actual. Porque no pretendemos abarcar más de lo que supone este capítulo ni más de lo que permite nuestro limitado background, trataremos de ofrecer la imagen de la universidad de los años sesenta, a través de la descripción de tres de los iconos de las revueltas estudiantiles de esa época: Berkeley, París y México.

En general, la década de los sesenta y principios de los setenta, más allá de mayo del 68, representa uno de los momentos de mayor protagonismo de la juventud en diferentes países. Hay quien dice que es un momento en el que la juventud «*conquista su identidad de clase de edad*»: se gesta en ella una nueva manera de ser, de posicionarse ante el mundo, ante la autoridad, ante las normas; destapa una nueva forma de vestir, unos nuevos y provocadores estilos musicales, una cierta y nunca imaginada nueva sexualidad[1]. (Winock, 1987: 120).

Algunos autores sitúan el origen de la movilización estudiantil en las revueltas de las universidades norteamericanas ante la guerra de Vietnam y, en especial, en el campus de la universidad de **Berkeley**. No era, por tanto, una movilización «corporativa», centrada

[1] En este sentido, es muy interesante la reflexión que realiza Rossana Rossanda sobre el papel de la mujer en mayo del 68. Es obvio la ausencia de líderes femeninos en aquel momento y la realidad de que:
«(…) las mujeres participaban en el movimiento pero con una función secundaria: colocar las sillas, barrer, etc., y por añadidura como instrumento de una enérgica liberación sexual, algo que las mujeres vivieron entonces y de lo que se ha hablado poco. Pero no siempre fue agradable para ellas. Los hombres eran sexualmente libres y formaba parte del clima del 68 decir: «Ah, tú, pequeña burguesa, te reservas para tu marido, para retornar al rollo familiar», entonces ésta quizás se acostaba incluso con un muchacho que no le gustaba. Era una forma de terrorismo machista que se ejercía con chicas de 17, 18 ó 19 años que se sentían parte de un movimiento político con la idea de revolución a la vuelta de la esquina y eran puestas entre la espada y la pared con la acusación de ser burguesas y de «reservarse» para alguien». (Rossanda, 1989: 108)

en la reivindicación de ciertas mejoras, valores, etc., relativos estrictamente a la universidad y su funcionamiento. Al contrario, el movimiento estudiantil llevaba consigo una fuerte reivindicación política: aquella que se mostraba contraria a la guerra del Vietnam.

Como decíamos, y volviendo al caso de la movilización estudiantil norteamericana, aquellos/as estudiantes introdujeron una cuestión puramente política en la universidad. A partir de entonces la movilización giró en torno, no sólo, a la protesta contra la citada guerra del Vietnam, sino también a la defensa del ideario de Martin Luther King o la invasión también de tropas norteamericanas en Santo Domingo.

Una de las universidades protagonistas de estas primeras movilizaciones, como señalábamos arriba, fue la de Berkeley, donde sin duda se gestó un fuerte movimiento estudiantil que protagonizó diferentes y potentes protestas que llegaron a incomodar, y mucho, a una clase política que arremetió una «*contraofensiva por parte del mundo de los adultos y los acomodados contra la juventud revuelta de Berkeley y de otras partes. El que se iba a convertir en presidente de los Estados Unidos* (Ronald Reagan) *pretendía «actuar con firmeza contra el sexo, la droga y la traición en Berkeley» (…)* (op. cit.: 121)».

Mientras tanto en Berkeley las críticas a la guerra y a la libertad de expresión se sucedían:

> «*El 1 de octubre de 1964, un activista pro derechos civiles llamado Jack Weinberg (…) fue detenido en el campus de Berkeley. Había desobedecido la prohibición de hacer propaganda política en el campus al sentarse a una mesa llena de folletos sobre los derechos civiles. Lo metieron en un coche de la policía, rodeado de manifestantes. Sin un plan concreto, los estudiantes comprometidos con el movimiento pro derechos civiles se sentaron en el suelo. Llegaron más y más estudiantes, e inmovilizaron el coche durante treinta y dos horas.*» (Kurlansky, 2005: 132).

Como ya hemos señalado, este tipo de sucesos se encuadra en el contexto de unas universidades estadounidenses repletas de universitarios/as que veían con cierta impotencia cómo su país reclutaba jóvenes para una guerra que veían por primera vez por televisión cómo iba acumulado muertos día a día sin que nada pareciera poder detenerla. Universitarios/as que mientras leían a Marcuse veían en la universidad el semillero de los nuevos magnates económicos y políticos destinados a preservar el status quo.

El epicentro de la movilización estudiantil norteamericana pudo estar en Berkeley, pero es un hecho que rápidamente otros campus del país se hicieron eco y reprodujeron lo que en California estaba pasando. Más aún, lo que allí se gestó trascendió las fronteras del país y alcanzó a otros países europeos y asiáticos que veían cómo sus estudiantes salían a la calle con visos de tomar las riendas de una revuelta. La juventud comenzaba a protagonizar una lucha política que iba de universidad en universidad y que se erigía independiente de las estructuras políticas[2] y de los referentes ideológicos del momento (imperialismo americano *versus* comunismo soviético).

---

[2] Esta última cuestión sobre una juventud independiente de las estructuras políticas es fundamental para comprender el movimiento estudiantil de aquella época. Quienes se movilizaron eran no sólo jóvenes con un cierto recorrido como «militantes» contra la guerra, sino también, y he aquí lo peculiar del movimiento, jóvenes «espontáneos» que se advienen activos por primera vez.

Así, rápidamente, estas protestas se fueron desarrollando, como decíamos, también en otros países como Alemania, Inglaterra, Italia o, cómo no, Francia. Seguramente el mayo del 68 francés, o más exactamente parisino, sea el más conocido o el que más literatura y análisis académicos haya generado.

Si bien los ecos de lo que ocurría en Estados Unidos llegaron a **París**, el propio contexto francés explica por sí sólo lo que, de alguna forma, propició la explosión de mayo del 68. En primer lugar, los acontecimientos de París vienen precedidos por las dificultades a las que se enfrentaba un debilitado presidente De Gaulle, entre otras cosas, por la cuestión de la independencia de Argelia. En segundo lugar, los/as jóvenes parisinos/as precipitaban la necesidad de un cambio, de una transformación social, política, económica, que hiciese detener la política colonial, las guerras de liberación; que hiciese mejorar la penosa situación en Latinoamérica o África; que hiciese rechazar los patrones de autoridad y represión contra las reivindicaciones sociales y/o laborales (Mendoza 2004: 12-13); que hiciese cambiar, en fin, lo que se perfilaba como lo contrario al ideal de izquierdas de esa juventud.

Por otro lado, cabe señalar también el espectacular crecimiento del número de estudiantes universitarios y, obviamente, del profesorado de la universidad. Los primeros se agrupaban cada vez más en torno a las facultades de letras (que ya preveían un porvenir no demasiado optimista), mientras los segundos se integraban en un sistema radicalmente jerárquico en el que el nuevo profesorado ocupaba la escala más baja y precaria (quizás no en los términos actuales).

Sumergidos en un clima de absoluta falta de empatía con lo que les rodeaba, estallan los primeros incidentes cuando llegó la orden de trasladar una parte importante de la universidad (asentada en el barrio latino parisino) a la, todavía en construcción, nueva instalación de Nanterre (a las afueras de París). La protesta estudiantil no se hizo esperar: primero ante la incomodidad de un traslado a una universidad inacabada, en obras, cercana a un barrio de chavolas, que terminó en una brutal carga policial que dio origen a sucesivas manifestaciones, protestas, contra esta primera; después, ante la prohibición de la apertura de residencias universitarias mixtas, una cuestión que se dilata en el tiempo y ante la que se destapan numerosas movilizaciones y líderes que pasaron a la historia. Es el caso de Daniel Cohn-Bendit.

> «*Los estudiantes de la universidad de Nanterre, un feo campus de hormigón construido a las afueras de París cuatro años antes, donde se hacinaban once mil estudiantes, sacaron el tema de las residencias mixtas, y el gobierno los ignoró. François Missoffe, el ministro de Juventudes, visitaba Nanterre cuando un menudo estudiante pelirrojo le pidió fuego para encender el cigarrillo. Una vez encendido y exhalado una bocanada de humo, el estudiante, Daniel Cohn-Bendit, uno de los estudiantes de Nanterre más directos y que se expresaban mejor, le dijo: «Monsieur le ministre, he leído su informe sobre la juventud. En trescientas páginas no hay ni una sóla palabra sobre cuestiones sexuales entre los jóvenes». (…)*
>
> *«No me extraña, con una cara como la tuya, que tengas esa clase de problemas: te sugiero que te des un chapuzón en la piscina.»*

«Esa respuesta –contestó el estudiante– es digna del ministro de las Juventudes Hitlerianas» (Harmon y Rotman, citado en Kurlansky, op. cit.: 286-287)

El 2 de mayo de 1968, los incidentes siguen sucediéndose y el decano de la universidad de Nanterre decide cerrar provisionalmente la facultad. Unos pocos estudiantes deciden entonces celebrar un mitin en el famoso patio de la Sorbona y la policía interviene a instancias del decano y el rector, deteniendo a muchos de los que allí se manifestaban.

El mayo parisino había comenzado con la activación de un movimiento estudiantil que toma más fuerza que nunca: ante la represión policial, se solidariza, se agrupa, se reúne en asambleas, hace pintadas, se enfrenta a la policía, hace suyos los adoquines. Más aún, surge un movimiento que «*desbordando el círculo de los militantes, arrastra a una masa desorganizada, apolítica o muy poco politizada, pero que encuentra bruscamente en la revuelta en danza un medio de expresar sus temores, sus rechazos y sus sueños*» (Winock, op. cit.: 122). Después de días de intensa movilización ésta se va apagando y le toma el relevo el movimiento obrero.

Para terminar este apartado, no podemos obviar una referencia a lo que acontecía este año al otro lado del charco, y en concreto a lo que sucedía en **México**. Aquí, el movimiento estudiantil, único colectivo no controlado por el gobierno del PRI, se veía reforzado por un incremento notable de universitarios/as que abarrotaban los campus de la UNAM. Éste era un colectivo que, como el de los obreros, campesinos/as, etc., se veía dominado por una política y una economía nacional que venía beneficiando y afianzando a la burguesía burocrática y financiera del país. Al mismo tiempo, además, se encontraban encarcelados trabajadores del ferrocarril, algunos maestros, líderes del movimiento estudiantil de Puebla, Michoacán y Guerrero, campesinos/as acusados/as de invasiones de tierras, políticos acusados de terroristas, etc.

Este movimiento se nutría, como otros, de la influencia de líderes como Martin Luther King, Ho Chi Min, los protagonistas de la revolución cubana, etc. y de la génesis de unos nuevos patrones, como ya comentamos, musicales, de moda, etc.

Los acontecimientos que se venían dando en otros países no pasaron desapercibidos en México para unos/as estudiantes que, admiradores del movimiento estudiantil francés, comenzaron también a manifestarse «tímidamente» –en comparación con otras ciudades– contra la guerra del Vietnam. Organizaron incluso charlas a las que invitaron a estudiantes franceses.

Por insignificante que pudiese ser este movimiento, el contexto en el que se enmarca resulta del todo determinante para que el gobierno comience a preocuparse: se avecinaban las Olimpiadas y todo tenía que ser perfecto. Presa de una especie de paranoia sobre una conspiración mundial para acabar con el orden establecido, el gobierno comenzó a seguir muy de cerca cualquier actividad que proviniese del movimiento estudiantil.

Ya en julio de 1968, surge una, en principio no demasiado significante, pelea entre dos institutos que alcanza a otros estudiantes y que termina con una inesperada, ilógica, carga policial y militar, acompañada de detenciones, contra unos estudiantes y profesores/as que, ahora sí, veían en esa brutalidad político-policial un claro motivo para su protesta.

*«(…) en respuesta al hecho de que el PRI controlara todos los medios informativos, inventaron las brigadas, cada una de las cuales tenía entre seis y quince personas y llevaba el nombre de una causa o una personalidad de los sesenta.(…) Las brigadas ponían en escena teatro callejero. Acudían a los mercados y otros lugares públicos y organizaban conversaciones, en ocasiones discusiones, en que cada cual interpretaba un papel, representando una escena en la que se debatían los acontecimientos del momento; y la gente que oía al pasar esas conversaciones en voz alta se enteraba de las que nunca leían en los periódicos. Funcionaban porque las sociedades con una prensa absolutamente corrupta aprenden a enterarse de noticias en las calles» (*Kurlansky, op. cit.: 432)

El movimiento fue creciendo y cada vez más estudiantes se manifestaban en contra de esa situación. La respuesta política–policial era cada vez más dura y hubo cientos de heridos, algún muerto, detenciones, etc.; la prensa seguía mostrando su ofensiva contra el movimiento estudiantil. Así, un periódico del Yucatán, publicaba como repudio a la manifestación universitaria realizada en defensa de la autonomía versos como el que sigue:

«Yo soy universitario,
pero no borrego manso.
Estudiar es mi ideario,
de la agitación me canso
y no creo en la postura
de la falsa dentadura. (…)
No ha llegado el carnaval
y ya tenemos desfiles.
Ayer vimos sus perfiles
monosabios con aval.
Y los de la capital
los ataron de las manos
con argumentos cubanos. (…)»
(Echevarría, 1999)

Mientras, éste seguía creciendo y extendiéndose a otras ciudades del país.

Así continuaron durante todo el verano. Hasta que fue convocada una reunión en la que, a escasos días de la inauguración de las Olimpiadas, pretendían anunciar una huelga de hambre en solidaridad con los detenidos. La reunión se celebró en la conocida plaza de Tlatelolco y ésta supuso una de las peores cargas policiales que puedan recordarse en México: cientos de heridos de bala, una cifra inconfesable de estudiantes muertos y otros tantos policías, desaparecidos, presos/as, etc. La represión en México era tal que muchos/as ni siquiera se atrevieron a denunciar la desaparición de sus familiares.

Después de este acontecimiento, el movimiento estudiantil comenzó a apagarse.

No podemos terminar este apartado sin dedicar algunas líneas a los logros de este movimiento estudiantil de mayo del 68. Algo así como una especie de breve diagnóstico de lo que se desprendió de aquel movimiento que, en la mayoría de casos, y como hemos visto, se desvaneció tras la tormenta de acontecimientos.

Esta tarea hace que nuestra mirada se torne un tanto pesimista. Contar lo anterior es recuperar la historia de lo que uno/a siempre quiso vivir cuando fue (es) estudiante uni-

versitario/a. Pero el análisis de nuestra propia vivencia, de las anteriores más cercanas y de las que parece que vendrán, nos hace pensar que nadie relatará una historia tan apasionante. De ahí, de lo poco que queda parecido a aquel mayo del 68 con el movimiento estudiantil como protagonista, que muchos/as piensen que en realidad aquello no ha sido más que un hecho mitificado: que estuvo bien pero que en realidad nada cambió demasiado o, al menos, nada cambió en las dimensiones con las que soñaba el movimiento.

Si bien ésta es una percepción bastante compartida, sería injusto limitar el análisis a esta cuestión. Los logros, impactos, de aquel mayo del 68 son muchos, algunos más tangibles que otros, con mayor o menor alcance según la universidad, el país, etc. A grandes rasgos, y a riesgo de dejar en el tintero alguno importante, podemos señalar los siguientes logros

— En Estados Unidos el movimiento contribuyó de alguna manera con la lucha por los derechos civiles y contra la continuación de la guerra de Vietnam.

— Más allá de las reformas que cada universidad llevase a cabo, en general se dio una cierta democratización de la institución que permitió la llegada de más estudiantes, la representación de éstos en diferentes órganos, etc.

— Como algo más intangible, podemos señalar la génesis de una cierta nueva cultura política (¿contracultura?) que transgredía los valores y actitudes tradicionales en cuestiones de patrones de autoridad (familiar, sexual, universitaria, etc.). Se gestó una relación con el sistema político y con lo que de él se emanaba diferente, que cuestionaba la guerra, el racismo, el sexismo, la autoridad, la política misma (Fraser,1989: 150). Una relación que enseñó que es posible enfrentarse –o al menos soñar con hacerlo– al orden establecido y tomar las riendas para hacer las cosas de otra manera.

Sin duda, muchos de éstos son hoy en día temas que no nos resultan demasiado distantes. Enfrascados en otro contexto, con otros/as líderes, otras reivindicaciones y otros tipos o formas de protesta, el movimiento estudiantil sigue, de alguna forma, la estela que dejó aquella revuelta. Pero sobre esta cuestión hay un capítulo en este libro que le dedica toda su atención.

2. ¿Qué le permite activarse al movimiento estudiantil? Dificultades y oportunidades del movimiento.

Decíamos en el apartado anterior que lo que contábamos eran imágenes de otra universidad, de otro movimiento estudiantil. Imágenes de algo que no se asemeja demasiado a lo después hemos conocido; entre otras cosas, porque de lo posterior apenas sabemos nada: no podemos citar a casi nadie, no podemos nombrar apenas líderes estudiantiles, no existe literatura sobre el movimiento, apenas hay imágenes. Si ha habido movilización o no, será casi tarea exclusiva de este libro dar cuenta de ello. En las bibliotecas mientras tanto, ni rastro de documentación sobre el movimiento estudiantil en las décadas posteriores.

Así, sí decimos que después del 68 no quedó nada, que en realidad aquello no fue más que una historia mitificada, que más que hablar de movimiento estudiantil debería hablar-

se de «el movimiento estudiantil» específico y puntual de aquellos años, no estaremos más que reproduciendo un discurso de sobra conocido.

La década de los sesenta, como hemos tratado de explicar, supone el crecimiento del movimiento estudiantil en muchos países. Es un punto de partida ineludible para cualquier análisis del movimiento. A partir de entonces lo que nos queda es la sensación de que el movimiento se enciende y apaga demasiado rápido: el paso rápido de estudiante a ex–estudiante es fulminante y el reenganche de reivindicaciones, luchas, objetivos, etc. es demasiado complicado: para cuando uno/a toma conciencia, contactos y un motivo de lucha, ya ha terminado la carrera y se despide de la universidad.

Sin embargo, después del 68 el movimiento estudiantil no desaparece. Decir eso sería decir demasiado. Con diferente repercusión, incidencia, impacto o simplemente suerte, pueden ser analizados otros ejemplos –que aparecen explicados en otros capítulos de este libro– de movilización estudiantil a partir de la década de los setenta. Más allá de entrar, por lo tanto, en esta cuestión, pasaremos simplemente a tratar de explicar, tomando como punto de arranque la descripción realizada en el punto anterior, qué es lo que hace al movimiento encenderse y apagarse; explicar porqué, después de los sesenta, el movimiento se activa y desactiva intermitentemente hasta nuestros días.

Para esta tarea recurriremos al análisis de la *Estructura de Oportunidad Política* (EOP). Ésta trata de explicar el surgimiento de los movimientos sociales a partir del estudio contextual (político) en el que se enmarca y facilita o permite este surgimiento. Esto es, la EOP analiza el conjunto de factores «externos», no internos o propios del grupo, de la coyuntura política que alienta o desalienta la acción colectiva.

Lo que suele estudiarse en estos casos es la apertura de cambios en:

— el *espacio gubernamental* (donde, por ejemplo, algún partido político puede querer aprovechar esa fisura para acceder al poder y requiere del apoyo de ciertos movimientos sociales),

— el *espacio de aliados influyentes* (en el que desde diferentes sectores se generan alianzas que son favorables a esos ciertos movimientos sociales),

— el *espacio internacional* (donde se cuente con una coyuntura favorable, similar, en otros países que anima a los movimientos sociales),

La apertura de situaciones de cambio en estos espacios supone, según los autores que más han trabajado esta cuestión de la EOP (véase McAdam, Tarrow y Tilly (2005), McAdam, McCarthy y Zald, entre otros), un principio de oportunidades para la acción colectiva. Esta perspectiva teórico-analítica nos permite comprender por qué en determinados momentos los movimientos sociales alcanzan cotas sorprendentes de movilización y de acción colectiva mientras en otros no consiguen ni tan siquiera cierta activación de sus bases. Sin embargo, este encuadre teórico quizás limite demasiado el análisis a una perspectiva excesivamente institucional-política y referida a las relaciones entre actores políticos. Por ello, incluiremos dos espacios más que consideramos relevantes para el análisis tanto del movimiento estudiantil como de otros movimientos sociales:

— el *espacio cultural* (referido a los patrones actitudinales, de opiniones, etc. frente a las cuestiones políticas, sociales, etc. del momento)

— el *espacio de los recursos* (en el que entra en consideración la cuestión cuantitativa y cualitativa de los/as dirigentes, militantes y movilizados/as en y por el movimiento)

Es decir, consideraremos no sólo una específica Estructura de Oportunidad Política sino también una Estructura de Oportunidad Cultural (EOC) y de adecuados recursos disponibles (R).

Entraremos ahora a analizar, muy brevemente, estas diferentes áreas de oportunidades del movimiento estudiantil en dos momentos diferentes: uno que podríamos considerar como generador de oportunidades para la acción colectiva (que relacionaremos con lo explicado en el primer apartado sito en la movilización estudiantil de los sesenta), y otro que simplemente consideraremos como no generador de esas oportunidades (y que, generalizando, lo relacionaremos con el actual momento que identificamos como carente de movilización estudiantil).

A) ESPACIO GUBERNAMENTAL

Del relato anterior del 68 se desprenden ciertos aspectos de la estructura gubernamental que en aquel momento facilitaron la movilización estudiantil. En general, muchos autores coinciden en señalar que en aquel momento la necesidad de cambio era evidente en las estructuras de gobierno donde los partidos de derechas gobiernan en solitario. Así, los partidos de izquierdas plantean con fuerza la necesidad de un cambio, de una ruptura en este escenario.

En la actualidad, sin embargo, nos encontramos con una situación en la que los partidos de izquierdas no plantean necesidad alguna de cambio o ruptura. Están totalmente integrados en el sistema político, independientemente de si ostentan el poder o no. Es difícil imaginar hoy en día un cuestionamiento tal de las estructuras de gobierno que dé cabida a una movilización como la anterior.

B) ESPACIO DE ALIADOS INFLUYENTES

Enunciar un listado de los/as diferentes aliados/as del movimiento estudiantil en el 68 nos llevaría sin duda algún tiempo. El movimiento obrero en su conjunto, muchos de los/as intelectuales, académicos/as, etc. del momento, los partidos políticos de izquierdas, etc. mostraron su apoyo y recogieron, en su caso, el testigo de lo que el movimiento estudiantil fue generando. La realidad del movimiento en este momento nos hace dudar de la posibilidad de contar aliados más allá del propio espacio universitario y del propio sector estudiantil.

C) ESPACIO INTERNACIONAL

El movimiento estudiantil del 68 se caracteriza también por contar con experiencias similares en diferentes países del mundo. Como contamos arriba, de Berkeley a México pasando por París, y otros tantos países europeos, asiáticos, etc. el movimiento, la revuelta estudiantil, contó con una coyuntura internacional que favoreció su propio desarrollo. El

movimiento no estaba solo. Los medios de comunicación informaban de lo que pasaba en uno y otro sitio y el estudiantado se sentía arropado por un contexto que le apoyaba más allá de sus fronteras y sus espacios.

Ahora, el movimiento sí puede sentirse un poco solo. Lo que ocurre en otros países, si es que ocurre algo, no se conoce demasiado y desde luego el movimiento cuenta con demasiadas dificultades para poder protagonizar a escala internacional ninguna acción relevante.

D) ESPACIO CULTURAL

Como señalamos en el apartado anterior, el 68 supone para el movimiento estudiantil una especie de toma de conciencia de clase de edad en la juventud que le otorga un cierto protagonismo con sus nuevas formas de entender la autoridad, las formas de gobierno, de vestir, etc. Le otorga, le genera, una identidad colectiva que le permite, que asienta, su movilización. Pero no sólo el movimiento cobra conciencia, sino que son otros muchos sectores los que, de alguna manera, muestran una actitud, una idea compartida de la necesidad de salir a la calle, de reivindicar un cambio.

Al pensar hoy en día en el colectivo estudiantil y su identidad, nos surgen algunas ideas. Bajo un contexto de creciente individualismo que abarca todos los ámbitos, incluido el universitario, se hace cada vez más difícil fortalecer la identidad de este colectivo que, de por sí, presenta unas condiciones bastante peculiares, que luego explicaremos, para la génesis de esta identidad. Por otro lado, el resto de sectores de la sociedad tampoco parecen liderar, ni tan siquiera apoyar, una idea de necesidad de cambio.

E) ESPACIO DE LOS RECURSOS

Los recursos con los que contaba el movimiento en el 68 pasaban por los que se referían a, por un lado, estudiantes previamente movilizados en otras organizaciones con perfil político, y, por otro lado, una gran masa de estudiantes que se «enganchan» a la movilización por primera vez. Además, y como ya hemos dicho, el movimiento cuenta con líderes que dan impulso y protagonismo al movimiento. Lo que la universidad de hoy nos muestra es que son pocos/as los/as estudiantes, con o sin perfil «político-militante» que se movilizan y que la existencia de líderes es dudosa.

Cuadro resumen de la EOP, EPC y Recursos del movimiento estudiantil en perspectiva comparada

EOP, EOC, R	**Gobierno**	**Aliados influyentes**	**Internacional**	**Cultural**	**Recursos**
1968	Se plantea la necesidad de un cambio, de una ruptura. Los partidos de derechas están solos.	Sindicatos, partidos políticos de izquierdas, académicos, etc.	Efecto dominó (lo que pasa en un país se traslada o otros)	Fuerte identidad colectiva («conciencia de clase de edad») en diferentes sectores	Estudiantes que se movilizan por primera vez y estudiantes que tienen experiencia en otras organizaciones (militantes). Había líderes.
Actualidad	Integración en el sistema (sin reivindicación de ningún tipo de ruptura con el orden establecido)	Organizac. juveniles de partidos políticos	El contexto internacional no invita a importar experiencias de movilización de otras universidades	Creciente individualismo que abarca todos los sectores de la sociedad	Menos estudiantes dispuestos a militar. No hay líderes.

Fuente: elaboración propia.

Más allá de todas estas cuestiones que, como hemos visto, condicionan la activación del movimiento, como dijimos más arriba, el movimiento como tal nunca deja de existir. Esto se explica porque las estructuras de oportunidades cuentan también con ciertos elementos que podemos considerar como estables y que son los que le confieren cierta continuidad. En lo relativo a la EOP, estos elementos son fundamentalmente los que hacen referencia a:

— las formas en las que el Estado ejerce su autoridad; aquí podemos diferenciar entre Estados más o menos fuertes que ejercen con mayor o menor intensidad su fuerza, su autoridad, sobre otros agentes sociales, económicos, etc.

— la organización y distribución territorial del poder; es decir, Estados fuertemente centralizados como el francés o Estados con una estructura descentralizada que generalmente permiten una mayor negociación con diferentes agentes resultado de esa descentralización.

— la disposición al uso de la violencia; pueden ser diferenciados aquí Estados donde se ejerce, en la práctica, un mayor o menor uso de la violencia y de la represión.

Además, como ya señalamos al principio, debemos tener en consideración también cuestiones referidas a los patrones culturales y a los recursos con los que cuenta el movimiento para entender cuál es la estructura general que le permite activarse o no en determinados momentos.

3. Por lo tanto, ¿podemos considerar al movimiento estudiantil como un movimiento social?

3.1. JUSTIFICACIÓN DE LA DEFINICIÓN

De nuestros relatos se deduce que, con las matizaciones que veremos, el movimiento estudiantil es un movimiento social. Ciertamente no tiene en su plenitud todas las características «clásicas» de los movimientos sociales –cierta estabilidad, identidad colectiva densa– pero, por otro lado, sí presenta suficientes rasgos –organización, medios de acción, estrategias, etc.– otorgadores de esa dimensión

La concesión de esta categoría de movimiento social no es sólo una cuestión académica, clasificatoria. Es una forma de reconocer, de otorgar, a este movimiento la marca de acción colectiva transformadora. En la medida que afirmamos que el movimiento estudiantil es un movimiento social, estamos reconociendo que él mismo tiene, al menos potencialmente, una voluntad transformadora que va más allá de la defensa y/o promoción de intereses particulares exclusivamente ligados a aquellos que se movilizan. Reconocemos que pretenden cambiar un espacio y/o un política educativa, o una cultura dominante o el poder político (y en algunos casos las tres cosas), al margen de que tales transformaciones generales afecten directamente a los concretos estudiantes que se movilizan.

Otra cuestión consistiría en averiguar en qué medida tal voluntad y eventual práctica transformadora ha tenido éxito; analizar así los impactos del movimiento. Sin embargo, y por lo que ahora nos atañe, lo relevante es determinar que existe esa voluntad de transformación general, aunque a veces, y como hemos visto, la misma no haya superado la reivindicación educativa.

3.2. CUADRO CONCEPTUAL

Con el cuadro que sigue y la explicación de alguno de sus apartados, relacionándolos, en algún supuesto expresamente, con los movimientos estudiantiles, entenderemos mejor el por qué de esta conceptualización de los movimientos estudiantiles como movimientos sociales.

Diferencias entre partidos políticos, movimientos sociales y grupos de interés.

	Partidos	***Grupos Interés***	***Movimientos Sociales***
l. Orientación hacia el poder político	Ejercerlo	Presionarlo	Cambiarlo
2. Relaciones con los partidos e instituciones políticas	———	Complementaria	Conflictiva
3. Organización	Jerárquica formalizada	Formalizada	(Plasticidad) Horizontal, Informal Red comunitaria
4. Intereses/grupos representados	Indeterminados determinables	Determinados ———	Indeterminados indeterminables
5. Medios de acción	Electorales	Convencionales	(plasticidad) no convencionales
6. Tipo de acción colectiva	Agregar Intereses generales	Agregar Intereses sectoriales	Intereses Junto con Identidad colectiva
7. Estrategia	Competencia	Cooperación	Conflicto
8. Objetivos Finales	Sistémicos	Asistémicos	Antisistémico (potencialmente al menos)

Fuente: elaboración propia.

3.3. ALGUNAS EXPLICACIONES DEL CUADRO

a) Orientaciones y relaciones con el poder político

Un movimiento social demanda *al* poder político que establezca determinados cambios en la sociedad. Uno –el partido– está orientado a ejercer el poder. El otro -el movimiento- a cambiar el cómo y lo que se ejerce desde el poder. Sin embargo, los movimientos sociales no son movimientos ajenos al mundo cruzado y conformado por el poder político. Parten de la constatación de que el poder les es ajeno u hostil. Pero no pretenden que el poder desaparezca o vivir ellos al margen del poder. Pretenden que el poder político realmente existente, cambie y actúe a favor de sus demandas

b) *Organización / Acción; la identidad colectiva.*

En los partidos existe una estructura organizativa que, al margen de sus orígenes y renovación democrática, funciona de forma vertical. En un partido no todo el mundo puede tomar todas las decisiones y por supuesto no todo el mundo participa por igual en los distintos procesos de decisión.

Por el contrario, en un movimiento social, las tendencias organizativas dominantes son diferentes. Predomina la horizontalidad en la toma de decisiones. Se supone que todo el mundo debe, o al menos puede, decidir sobre todo, y los derechos y deberes de los

participantes no suelen estar regulados. Prima la buena fe sobre la eficacia y la informalidad. La plasticidad organizativa es la regla, nunca la excepción. Para el movimiento, *la cuestión organizativa no sólo es un medio sino un fin en sí mismo*. Su propuesta, fundamentada en la participación, pudiera ser discutible desde el paradigma de la eficacia. Pero les resulta necesaria desde la necesidad de vivir y moverse en la sociedad como un grupo que de alguna forma se afirma diferente.

La afirmación anterior señala uno de los rasgos característicos de los movimientos sociales. Los mismos presentan una *identidad colectiva* que les diferencia de partidos políticos y grupos de interés. Un movimiento social es también un proceso de construcción de una identidad colectiva. Un deseo, una afirmación y una práctica social, de ver, interpretar, estar y comportarse colectivamente de forma diferenciada en el mundo. Los miembros de un movimiento social tienden a ver la realidad, y, en muchos casos, a vivirla cotidianamente, a través del prisma que les otorga su pertenencia al movimiento social en general, y en particular a la identidad colectiva construida por el mismo.

La identidad en los movimientos estudiantiles es, sin embargo, más débil no sólo por la falta de estabilidad de sus miembros, sino tambien por la fugacidad de su *cleavage* alimentador

También resulta relevante la especificidad en los *medios de acción*. Lo característico de los los movimientos sociales es la priorización de las acciones colectivas no -o menos- convencionales (manifestaciones, encierros, etc.).

c) Intereses representados

El partido canaliza electoralmente los intereses, y el movimiento lo hace, como acabamos de señalar, con medios no convencionales –huelgas, manifestaciones, eventualmente acciones violentas, etc.– y en ningún caso por medio de la vía electoral. Algo más complejo resulta delimitar qué intereses –cualitativa y cuantitativamente– representan unos y otros. En principio, parecería que los modernos partidos políticos pretenden representar intereses muy genéricos, indeterminados; pretenden armonizar todo tipo de intereses (individuales, colectivos y también de determinados colectivos) de toda la población. Por el contrario, los movimientos sociales representarían limitados intereses de concretos grupos sociales. Sin embargo, también se produce en los movimientos sociales un proceso de indeterminación, de universalización de intereses. Así, y en nuestro caso, un movimiento estudiantil puede, en algún momento histórico, liderar una demanda de transformación cultural, de valores y prácticas, sobre los que debería asentarse la convivencia social. En los movimientos sociales existe un proceso de autoarrogamiento en la representación de intereses colectivos, mientras que en los grupos de interés este proceso de representación sigue ciertas reglas formales.

Por otro lado, los supuestos beneficiarios de la acción pública de un movimiento son, en principio, bastante indeterminados. Los jóvenes, en nuestro caso. Indeterminación y eventual globalización no aparecen en los grupos de interés, donde los beneficiarios son una concreta, identificable y limitada categoría de individuos.

d) La estrategia conflictiva

Lo característico de los movimientos sociales es la utilización de medios no convencionales. El repertorio de estos medios ha ido variando a lo largo de la historia, pero lo que es evidente es que, al margen de su mayor o menor legalidad, los medios de acción *prioritarios* empleados por los movimientos sociales expresan una cierta desconfianza respecto a los canales reivindicativos mas «normalizados». A los movimientos sociales les preocupa la legitimidad de sus acciones. No les importa que el poder político, su receptor, las considere poco cooperativas, poco «correctas», excesivamente conflictivas. Lo que les interesa es si las mismas son vistas como legitimas por la sociedad, si ésta las comprende, acepta y eventualmente apoya.

Este carácter conflictivo de los medios empleados, da paso a una afirmación, que quizás se haya dado por supuesta, pero que, en cualquier caso, conviene explicitar. Si un grupo de interés se mueve en el terreno de la *cooperación* y un partido *compite* por el poder, la estrategia central de un movimiento social es la del *conflicto*. Un conflicto identitario y, desde luego, un conflicto con el poder político. Porque frecuentemente no se le permite cooperar y porque casi siempre, y en cualquier caso, cree que logrará antes y mejor sus objetivos con la opción conflictiva que con la cooperativa.

e) El horizonte antisistémico

Se afirma en ocasiones que lo que define a los movimientos sociales es que los conflictos que plantean son inabsorbibles por el Sistema (específicamente por el sistema político). O, dicho de otra forma, que lo que pretenden los movimientos sociales es romper los límites del sistema. Esta pretensión sin duda les diferencia de los otros actores colectivos. Un grupo de interés nunca planteará una reivindicación antisistémica. Es más, está más allá de su razón de ser el sentirse preocupado por el mantenimiento del sistema, aspecto que, salvo excepciones, sí les preocupa a los partidos políticos. La asignación rupturista a los movimientos sociales es, sin embargo, algo dudosa porque no es obvio que éste sea un rasgo expresa y sistemáticamente asumido y defendido siempre por los mismos

Todos los movimientos sociales más conocidos (desde el obrero al de los derechos humanos, pasando por el ecologista) analizados en su ciclo total, en su evolución completa, presentan en la fase normalmente de formación y despliegue síntomas de alternatividad antisistémica. Proclaman que sus propuestas sirven para la solución global de todos problemas de la convivencia humana y exigen que el sistema rompa sus reglas de juego para atender a sus reivindicaciones. Síntomas alternativos. Y síntomas de que el movimiento está en un momento de intensa construcción y afirmación de su identidad colectiva.

Pero no siempre todo ciclo vital de un movimiento está caracterizado por la expresión de esos síntomas. Se puede decir que lo habitual es que en su fase constitutiva y ascendente todos los movimientos tiendan a presentarse con los rasgos alternativos, antisistémicos. Y en fases posteriores, de estabilidad o declive, estos rasgos se van debilitando, convirtiéndose el movimiento en un grupo más convencional tanto, desde la perspectiva organizativa como desde la cultural. En consecuencia, se puede afirmar que no hay distintos movimientos sociales. Unos nuevos y otros viejos. Sino que todos los movimientos

sociales, dependiendo de la coyuntura, pueden ser -y suelen ser- viejos (convencionales) o nuevos (alternativos).

Y es evidente que la afirmacion es de plena aplicabilidad a los movimientos estudiantiles en donde hay conflictos, –mas bien **tiempos–** alternativos, y momentos mas convencionales.

4. Conclusiones: sobre utopías, mitos y oportunidades de un movimiento social peculiar.

Partimos de ejemplificar, de relatar brevemente, lo que seguramente sea la expresión más conocida del movimiento estudiantil en toda su historia. Tratamos de explicar después por qué este movimiento, como otros, presenta ciclos diferentes, muy diferentes respecto al primero, en los que consigue o no activarse. Más exactamente, quisimos explicar qué es lo que hace que el movimiento se pueda poner en marcha. Establecimos en este sentido, que cuando hablamos del movimiento estudiantil y de sus ciclos, estamos categorizando a éste, con sus peculiaridades, como movimiento social.

Así, la imagen de este movimiento es la imagen de un movimiento social que, como el resto, experimenta diferentes momentos de movilización –con mayor o menor éxito– que dependen en gran medida de la estructura contextual en la que se enmarca. Dicho de otra manera, el movimiento estudiantil es un reflejo de la realidad que hay más allá de las puertas de la universidad. Es un reflejo, por lo tanto, de los momentos de tensiones que hay en la sociedad y es un reflejo también de la ausencia de tensiones que en muchos momentos impera en el orden establecido.

En los momentos de oportunidades para la movilización, el movimiento estudiantil cuenta con todo un entramado de agentes que le ofrecen la cobertura que necesita para lanzar su reivindicación y que ésta sea escuchada: cuenta –desde un punto de vista ideal– con aliados políticos, con experiencias similares o motivadoras en otros países, con líderes y militantes dispuestos a la acción, con unos patrones culturales que refuerzan la idea de la colectividad y la acción colectiva para lograr cambios, con aliados de otros sectores sociales, económicos, políticos, etc. La situación contraria genera una sensación de abandono, de soledad, que dificulta cualquier iniciativa del movimiento. No existe oportunidad alguna.

De esta manera, el movimiento estudiantil juega con un desarrollo desigual en sus acciones. Pasa del éxito más absoluto a desaparecer del mapa (casi literal) tanto para quienes están dentro como fuera del movimiento. De elaborar reivindicaciones puramente corporativas a otras de más alcance (político y social). De una estrategia que va de lo alternativo a lo convencional, etc.

El mayo del 68 parisino pudo ser la «experiencia utópica» que decía Edgar Morin. Ciertamente, esta experiencia lanzó a la fama al movimiento estudiantil para luego hacerlo casi desaparecer o, peor aún, para hacerlo parecer en los tiempos que corren hoy un mito «que nadie se cree y al que nadie le importa».

Las utopías no se viven, se persiguen. El ´68 y el resto de expresiones, experiencias, del movimiento estudiantil deben comprenderse desde esta óptica. Efectivamente, el movimiento no desaparece porque nada se parezca ya a ese ´68 y a ese movimiento del 68.

¿Cómo vamos a llamar a lo que ocurre hoy en el seno del movimiento estudiantil una «experiencia utópica» si ya ni siquiera la palabra utopía parece tener el mismo significado que entonces?, si antes la utopía *nos* hacía perseguir un sueño y ahora *me* hace perseguir el mejor puesto para mí, ¿con qué horizonte se encuentran los/as estudiantes que persiguen utopías de antaño en un mundo en el que han desaparecido prácticamente las referencias a su propia conciencia?

5. Bibliografía

Aranda, J.M. (2000). «El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales», en *Convergencia*, nº 21.

Bauman, Z. (2008). «La utopía en la época de la incertidumbre», en *Claves de razón práctica*, nº 177.

Bourdieu, P. y J.C. Passeron (1977). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Laia, Hospitalet.

Castoriadis, C. (1987). «Los movimientos de los años sesenta», en *Debats*, nº 21.

Della Porta, D. y M. Diani (1999). *Social Movements. An introduction*, Blackwell, Oxford.

Echeverría, P. (1999) *Movimiento estudiantil mexicano de 1968: ¿qué pasó en Yucatán? ¿cómo lo interpretó la prensa?* www.ull.es/publicaciones/latina/a1999c/147pedromx.htm

Fouce, J. G. (2003). «El movimiento estudiantil español a lo largo del tiempo. La transición y los años 90. Un análisis cualitativo», en *Nómadas*, nº 7.

Fraser, R. (1987). «La revuelta estudiantil», en *Debats*, nº 21.

Fuentes, C. (2005). *Los 68. París, Praga, México*, Debate, Barcelona.

Ibarra, P. (2005). *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*, Síntesis, Madrid.

Ibarra, P. y B. Tejerina (eds.) (1998). *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.

Kurlansky, M. (2005). *1968, el año que conmocionó al mundo*, Destino, Barcelona.

Leguina, J. y A. Ubierna (2000). *Años de hierro y esperanza*, Espasa Calpe, Madrid.

Lizcano, P. (2006). *La generación del 56. La universidad contra Franco*. Saber y comunicación, Madrid.

McAdam, D., J.D. McCarthy y M.N. Zald (eds.) (1999). *Movimientos sociales. Perspectivas comparadas*, Istmo,.. Madrid.

McAdam, D., S. Tarrow y Ch. Tilly (2005). *Dinámica de la contienda política*, Hacer, Barcelona.

Mendoza, A. (2004). «Una primavera en París (1968)», en *Pensamiento y cultura*, nº 7.

Morin, E. (1987). «Complejidad y ambigüedad», en *Debats*, nº 21

Rodríguez, E. (2003). «La universidad y su crítica. Movimiento estudiantil, reforma universitaria y mercado de trabajo (1975-2003)», en *Logos, Anales del seminario de metafísica*, nº 36.

Roznada, R. (1987). «La mujer antes y después del mayo 68», en *Debats*, nº 21.

Viejo, R. (2008). «1968, l'aniversari que ve», en *La Directa*, nº 76.

Winock, M. (1987). «1963-1973: los locos años de los jóvenes», en *Debats*, nº 21.